



CUENTOS Y PROSAS BREVES Edición y traducción de Diego Garrido. Páginas de Espuma. 552 páginas. 33 euros



DUBLINESES Ilustrado por Javier García Iglesias. Traducción de Susana Carral. Reino de Cordelia. 288 pp. 24,95 euros



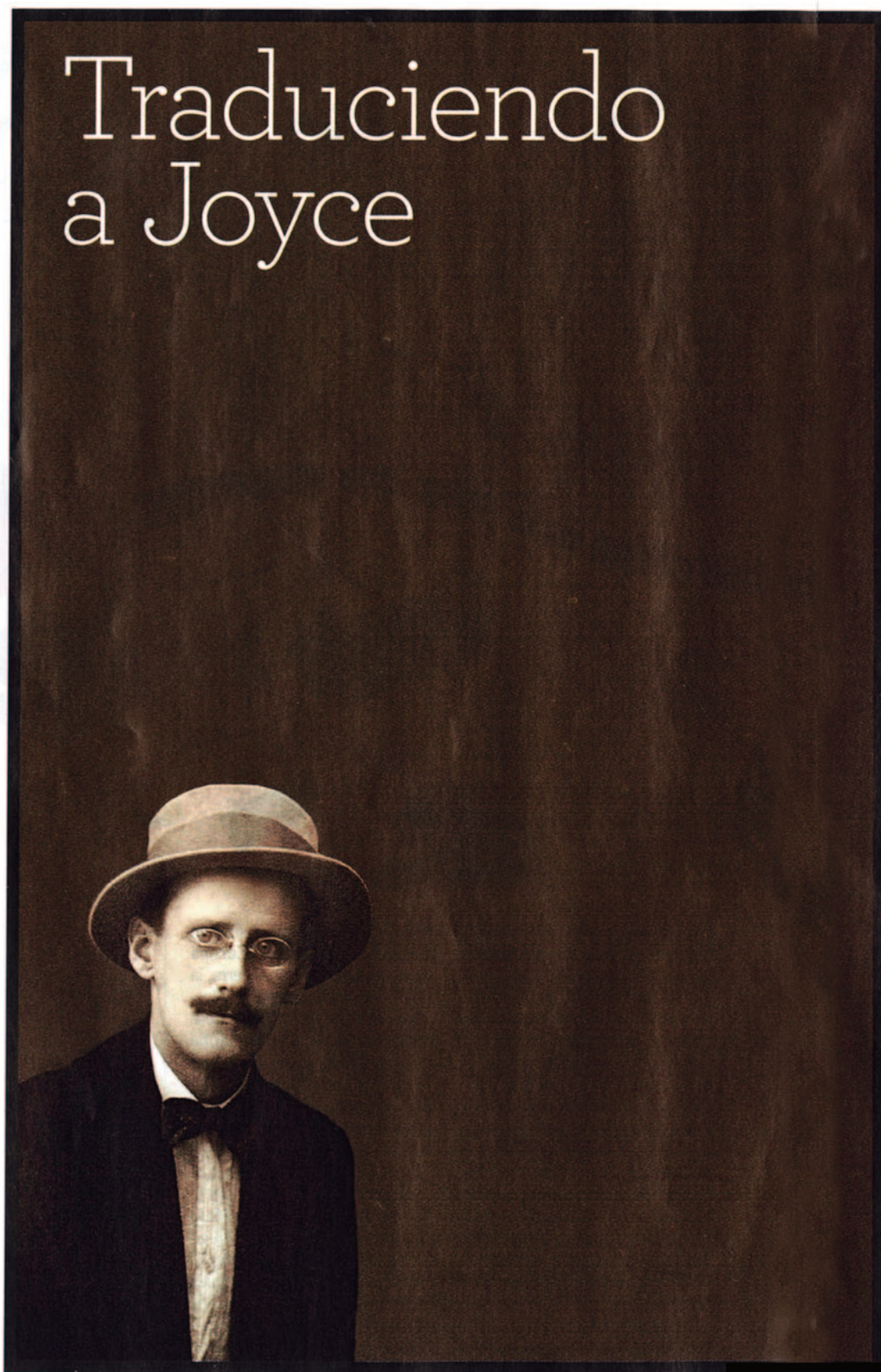
ULISES Ilustrado por Eduardo Arroyo. Traducción de José Salas Subirat. Galaxia Gutenberg. 720 pp. 65 euros



ULISES Traducción de José María Valverde. Prólogo de Andreu Jaume. Lumen. 960 páginas. 26,90 euros

El editor y crítico literario **Andreu Jaume** defiende la versatilidad de la obra magna de Joyce, que lleva en su seno "la semilla de la traducción", analiza el deseo del escritor irlandés de lograr un lenguaje universal y repasa las sucesivas traducciones a nuestro idioma del clásico universal

por **ANDREU JAUME** En contra de lo que suele decirse, *Ulises* no sólo no es una novela intraducible sino que, acaso como ninguna otra obra de vanguardia, lleva en sus entrañas la semilla de la traducción, entendida como una metáfora inagotable. Desde la primera frase, Joyce evidenció el signo indeleble de la modernidad. El *Introibo ad altare Dei* que pronuncia irreverente el rollizo Buck Mulligan en lo alto de la escalera, escarniendo la sagrada ofrenda de la misa, procede del salmo XLIII, en la versión católica de la Vulgata, cuya autoridad desafiaron los traductores protestantes en los albores del Renacimiento, desatando una emancipación de los significados que terminó por constituirse en fundamento de una nueva era. Incluso *Don Quijote*, la novela cuyo gesto recoge y concluye *Ulises*, empezaba con un



Traduciendo a Joyce

tránsito prosódico que en sí mismo delataba el contagio de la traducción. Como observó Nicanor Parra, «En un lugar de la Mancha» es un octosílabo, el metro de los romances medievales, mientras que «de cuyo nombre no quiero acordarme», es ya un endecasílabo melódico, importado de las liras italianas. Si aceptamos, además, que Cervantes pudo inventar la novela, en buena medida, debido a la prohibición de traducir la Biblia en España, escapándose por la puerta de la comedia para hurtarle al cristianismo la concepción trágica del hombre, veremos hasta qué punto Joyce, un escritor católico que utilizaba una lengua forjada en la traducción, no sólo es traducible sino que él mismo es hijo de esa disciplina que Borges definió como el misterio más modesto del universo.

Como recordó Stefan Zweig en *El mundo de ayer*, Joyce buscó siempre una *Ursprache*, una lengua de todas las lenguas: «Quisiera un lenguaje que estuviera por encima de todas las lenguas, un lenguaje al que todas las lenguas sirvieran. No puedo expresarme en inglés sin encerrarme en una tradición». Y ahí está la clave de toda la obra de Joyce. Desde las primeras epifanías hasta *Finnegans Wake*, su lengua está transida del espectro del exilio, incómoda con la seguridad que se había forjado la literatura anglosajona en los límites de su imperio, cada vez más aislada y desatendida de la familia europea.

Pero Joyce, además, escribió *Ulises* durante 10 años de penoso destierro por diversos países del continente, en Trieste, Zúrich y París, oyendo un caudal de lenguas extranjeras, hablando incluso con sus hijos en italiano, *la lingua dove il si suona* de Dante, uno de los dos autores –el otro es Shakespeare– que conforman la meditación de fondo de la novela. Se cuenta que en Trieste le gustaba trabajar con la ventana abierta para oír las distintas músi-

cas verbales que se escuchaban en aquella ciudad fronteriza. El pasado está vivo gracias al sonido constante de todas las lenguas, la canción de nuestra especie. Es una de las lecciones que aprende Stephen Dedalus a lo largo de *Ulises*: *He heard in a profound ancient male unfamiliar melody the accumulation of the past*.

Dedalus oye el pasado como una profunda y extraña melodía masculina. La extrañeza (*unfamiliar*) es la condición para que la tradición literaria siga viva y no se haya anquilosado en una historia previsible y muerta. Esa fue la gran ambición de Pound, Joyce y Eliot, una generación a la que le tocó cargar con lo que Walter Benjamin definió como la «vigencia sin significado» del arte, que de pronto ya no podía transmitir nada más que a sí mismo. Por eso el lenguaje, en las grandes obras del *modernism*, se somete a una tensión sin precedentes. Despojados de su utilidad, no le queda más remedio que interrogarse acerca de su naturaleza. De ahí que *Ulises* sea una novela que encuentra su sentido último en la suma de todas sus traducciones, la definitiva *Ursprache* soñada por su autor. De Joyce salió además una constelación de escritores que cartografiaron una nueva geografía trans-territorial, desde Beckett hasta Nabokov, acabando con el mito romántico de las literaturas nacionales y las lenguas maternas.

Gracias a su exigencia, *Ulises* no puede atraer sino a los mejores traductores. En español, la lengua que resuena al final del monólogo de Molly Bloom –oriunda de Gibraltar–, la novela ha cosechado fortuna desde hace mucho tiempo. Como no podía ser de otra manera, el primero en atreverse a traducirla fue un escritor, el argentino José Salas Subirat, que publicó su versión en Buenos Aires en 1945. (Otro escritor, Dámaso Alonso, ya había traducido, en fecha muy temprana, *Retrato del artista ado-*

LA POLÉMICA IRRESOLUBLE

El propio James Joyce dijo en más de una ocasión que había escrito el *Ulises* para mantener entretenidos a los especialistas durante 300 años. Ahora que se cumple un siglo de la publicación de la obra, podemos constatar que esa profecía sigue haciéndose realidad. Desde que Sylvia Beach publicara la primera edición en París en 1922, el caos de manuscritos, pruebas sin corregir y fragmentos censurados con que la novela se ha ido conformando a lo largo de su historia editorial ha generado encendidas polémicas entre expertos 'joyceanos' como Philip Gaskell, Clive Hart, John Kidd o Hans Walter Gabler. Una controversia que todavía hoy no ha concluido y que es muy probable que, como deseaba el propio escritor irlandés, no termine jamás.

lescente). Salas Subirat, beneficiándose de la pionera traducción al francés que en 1929 habían llevado a cabo Auguste Morel, Stuart Gilbert y Valery Larbaud, hizo un trabajo en muchos aspectos admirable, por más que los errores de detalle fueran inevitables. Esa fue la traducción que durante mucho tiempo se leyó en el orbe hispano y que influyó a tantos escritores, entre ellos a Luis Martín-Santos o Rosa Chacel. Ahora Galaxia Gutenberg la reedita con ilustraciones de Eduardo Arroyo.

No fue hasta 1976 cuando el poeta y profesor José María Valverde publicó una nueva versión, insuflando vida al clásico y asimilando toda la información histórica y filológica que se había acumulado a lo largo de medio siglo de exégesis. El trabajo de Valverde fue muy notable y riguroso y ha sido, por así decirlo, el *Ulises* que conoció la democracia española. Convenientemente revisada, Lumen la reedita ahora, con el fin de que nuevas generaciones puedan disfrutarla en este siglo. Para completar el catálogo de traducciones, es justo recordar la que publicaron en 1999 María Luisa Venegas y Francisco García Tortosa en Cátedra, así como la que Marcelo Zabaloy hizo en Argentina en 2015, publicada por El Cuenca de Plata. Zabaloy, por cierto, ha sido el primero en atreverse a traducir íntegramente *Finnegans Wake*. Antes Víctor Pozanco había traducido en Lumen la versión parcial que de esa obra imposible –y prosódicamente prodigiosa– había preparado con anterioridad Anthony Burgess.

Por último hay que saludar el estupendo volumen *Cuentos y prosas breves* (Páginas de Espuma), editado y traducido por el joven Diego Garrido y que reúne toda la obra de Joyce anterior a *Ulises*, desde las reveladoras *Epifanías* hasta *Retrato del artista adolescente*, *Dublineses* y otras muchas piezas muy poco divulgadas en nuestra lengua. **L**